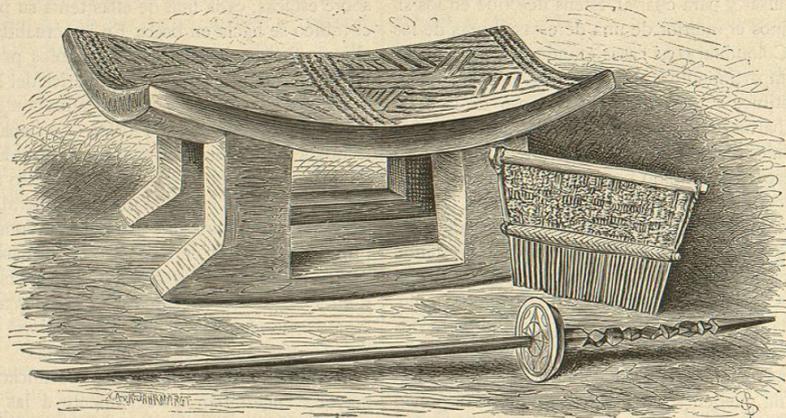


era en todos los territorios del interior: los caminos conducían á los ríos y á las orillas de los lagos y sólo mucho más tarde permitieron llegar hasta las alturas deshabitadas. Esto no obstante, algunas tribus se establecieron ya desde antiguo con preferencia en las alturas que dominaban el país y en la actualidad siéntese gran predilección por emplazar las aldeas en los parajes apartados. Los mismos indios del alto Amazonas, por ejemplo los de Guayana, después que quedaron destruídas las misiones que les protegían huyeron hacia los pequeños afluentes de este río, á donde no podían alcanzarles los blancos y en donde eran más fáciles la caza y la pesca. Desde la invasión de los europeos, los mismos paiutes se han retirado á los elevados yermos pobres en aguas de Nevada, á donde sus mujeres han de llevarles el agua en gruesos odres de mimbres entrelazados.

Mucho discrepan los datos que tenemos acerca de las



Escabel, hujo y peine de los juris (Colección de Martius, Museo etnográfico, Munich)

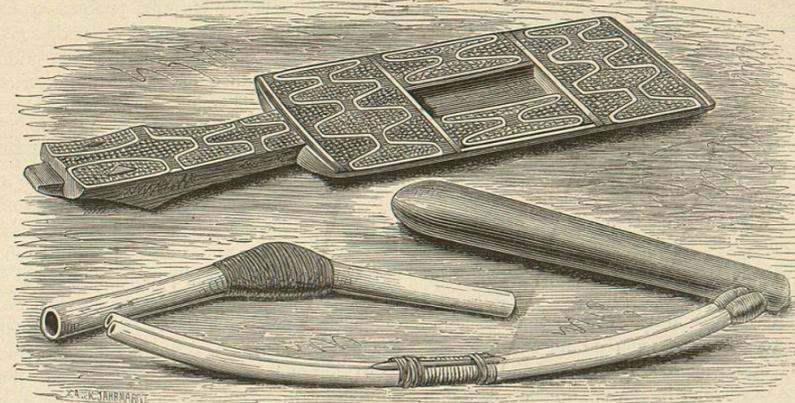
muchas familias: la ciudad de Coza tenía 500. Powers, que con tanto calor defiende la teoría de que antiguamente la población de California era mucho más densa, no habla más que de pequeños grupos de chozas y el príncipe de Wied dice que las tres aldeas de los mandanes, en la época de su mayor apogeo, tendrían unas 140 cabañas con 2100 á 2200 habitantes. Y aquellos lugares en que los hombres vivían materialmente apiñados, como en las aguas del Norte de California y del Oregón tan abundantes en salmones, eran sólo estrechas lenguas de tierra en las cuales el referido observador llegó á ver de 60 á 70 habitantes por milla inglesa cuadrada, pero detrás de las cuales se extendía probablemente un país pobremente poblado. Lo propio parecen indicar las palabras del general Wayne cuando en 1794, después de la batalla de Maumi por él ganada, escribía: «Las orillas de estos hermosos ríos, el Miami y el Au Glaize, se presentan á nuestra vista en una extensión de muchas millas como una sola aldea homogénea: además en ningún punto de América, desde Florida al Canadá, ví tan vastos campos de trigo como aquí.» Por mucho que concuerden los datos análogos de tantos observadores, hay que afirmar que todas las observaciones sensatas arrojan el mismo resultado que el estado actual de los indios nos ofrece, á saber: los indios de las selvas y de las estepas no construían antes de los tiempos europeos nada que merezca hoy el nombre de ciudad, habitando simplemente en casas comunes ó en pequeñas aldeas.

Intima relación con los emplazamientos de las aldeas guardaban muchas colinas de tierra ó *mounds* á los cuales

dimensiones de algunas aldeas ó ciudades como sin razón se las ha denominado. Carece indudablemente de fundamento la noticia consignada por Volney de que los indios habitaban en casas aisladas y diseminadas ó en chozas construídas en despoblado, como muchos pueblos europeos: este sistema de vida, que está en abierta oposición con las necesidades de defensa y con el sistema de clanes de los indios, sólo pudo aparecer en muy contados casos y aun á imitación de los colonos europeos. En la tan celebrada ciudad de Appalache no vió Cabeza de Vaca más que una mala aldea con cabañas de paja; 10 años más tarde, empero, contaba ya con 250 casas. Las relaciones acerca de la expedición de Soto hablan de puentes de madera en la parte septentrional del país y atribuyen á la ciudad de Ocali 600 casas muy grandes y 80 á la de Mobile, entre las cuales se cuentan varias casas comunes habitadas por

designándose generalmente como territorios en donde aparecen con más frecuencia y de mayor tamaño esas colinas, los valles bajo y central de Ohío. Esto no obstante, las encontramos asimismo en Tennessee, al Sud del punto de confluencia del Mississipi con el Missuri y en Wisconsin: las mayores tienen una altura de 30 metros y ocupan una superficie de 12 acres. El material que

para estas colinas como para las fortificaciones se emplea, consiste en la América del Norte y en la del Sud casi exclusivamente en tierra amontonada sin ningún arte. A partir de Méjico aparecen los primeros *adobes*, ladrillos de limo secados al sol. La monotonía de la forma achatada que afecta la colina está en algunos casos destruída por escaleras practicadas en los cuatro costados ó



Utensilios de los brasileños para pulverizar el tabaco y tomar rapé. Véase pág. 53

por bancales que la cubren toda, dándole un aspecto apenas distinto del *teocalli*. Hay también colinas redondas y ovaladas en forma de conos (*tumuli*) cuya altura excede á veces de 20 metros. Finalmente hemos de mencionar los llamados *animal mounds* que por su forma externa se diferencian de los otros y que encontramos en Wisconsin, Georgia y Ohío: en ellos se han formado, á fuerza de amontonar tierra, enormes figuras de animales que tienen á veces más de 100 metros de longitud. No hay que incluir, sin embargo, en este grupo á todas las obras que citan los arqueólogos americanos, ya que no siempre las formas que las mismas revisten se presentan suficientemente claras.

Mucho se ha escrito acerca del origen de estas obras, pues la cuestión de los *moundbuilders* trae, hace 100 años, en continuo movimiento á la arqueología americana. La opinión que más visos de exactitud presenta parece ser la que atribuye la construcción de tales obras á una raza especial que, estimulada por otras tendencias y dotada de distintas aptitudes que los indios de los últimos siglos, pudo llevarlas á cabo. Es indudable que si nos remontamos á las fuentes del siglo décimosexto encontraremos que en esta época todavía se construían colinas artificiales sobre las cuales se levantaban aldeas enteras ó por lo menos las casas privilegiadas de éstas y se erigían grandes colinas funerarias y monumentos de piedra en forma de colinas para perpetuar la memoria de algunos acontecimientos históricos. Hay también testigos oculares de la construcción de toda clase de fortificaciones. Qué-damos por mencionar únicamente las grandiosas colinas de gradas ó *teocallis* cuya erección no podemos explicarnos más que por la existencia de una población más densa que la de los últimos siglos; esta hipótesis está confirmada, además, por otros hechos. La circunstancia de que la mayor parte de las tribus indias carezcan de tradición respecto de estas colinas artificiales nada significa teniendo en cuenta la falta general de coherencia que existe en las tradiciones de estos pueblos. Esto no obstante, no

faltan quienes, como por ejemplo los tcherokis, atribuyan esas obras á sus antepasados.

CAPITULO IV

FAMILIA Y SOCIEDAD DE LOS INDIOS

«La antigua sociedad americana era una alianza más bien que política basada en el parentesco.»

LEWIS H. MORGAN.

Familia. — Matrimonio. — Exogamia. — Bodas. — Nacimiento. — Purificaciones. — Ingreso en la pubertad. — Pruebas á que son sometidos los jóvenes y las muchachas. — Moralidad sexual. — Sociedad. — Condición de la mujer. — División del trabajo entre el hombre y la mujer. — Derecho hereditario materno. — Propiedad. — El sistema *Totem*. — Esclavitud. — Adopción de los prisioneros de guerra en la tribu. — División de clases. — El Estado. — Situación del caudillo. — Los más ancianos y la asamblea del senado — Grupos de guerreros y cazadores. — Ginecocracia — Estados pequeños. — Guerra — Tribus ladronas. — Fronteras. — Posesión. — Nombres de pueblos. — Trato pacífico. — Hospitalidad. — Fiestas.

El matrimonio es entre los indios una cuestión íntima de la parentela ó de la familia que tiene por fundamento la compra de la novia y, en lo posible, la poligamia; pero respecto de ésta podemos decir que la escasez de mujeres y la dificultad de mantenerlas son causa de que entre los pueblos naturales pobres predomine la monogamia, existiendo la pluralidad de mujeres casi exclusivamente para los caudillos. Martius opina que en la América del Sud prevalecía la poligamia entre las tribus más vigorosas, como la de los botokudos y entre las que habitaban las comarcas septentrionales de ardoroso clima. El ejemplo de los wintunes de California nos demuestra que entre los pueblos pobres la mujer, sobre la cual pesa mayor carga de trabajos, disfruta también de mayores derechos, puesto que en ellos la monogamia se impone. Los tales pueblos, como los tinnés y otros, cuya posición exige grandes esfuerzos, no buscan para esposas á las mujeres bellas sino á